

ve a hablar de lo que no entiende; y el tinte algo místico que la colora; pero confío en que para usted no tendrá esos dos defectos; no el primero, porque usted me conoce muy bien, y sabe cuán poca es mi presunción; no el segundo, porque usted, a fuer de mujer piadosa, sin añagazas ni gasmoñerías, confesará que esta materia puede tratarse en cualquiera parte, si es con el debido decoro.

La última observación que haré a usted hoy, es ésta: si sobre la palabra y buena fe de los astrónomos creemos lo que dicen y lo que no está a nuestro alcance, en otro orden de cosas, ¿por qué no hemos de creer lo que no vemos ni comprendemos, que es lo que nos enseña la fe religiosa y lo que reza el catecismo? Evidentemente la fe no está reñida con la ciencia humana ni con la razón.

ARTICULO VIII

Al hablar de la introducción de la imprenta en nuestro país, dejé consignada, como usted recordará, mi señora y amiga, una fecha, para usted y para mí notabilísima, y punto muy luminoso en la historia de nuestras bellas artes. Esa fecha es la de 1711, en que he demostrado que había ya imprenta en esta capital.

¿Que le recuerda a usted esa fecha?... Voy a decírselo a usted, aun cuando haya de retroceder algunos años, pues estamos ya en la segunda mi-

tad del siglo XVII. La importancia del asunto me hace esperar que usted disimulará un cambio de decoración, que por otra parte en nada perjudica al hilo cronológico de mis cuentos, o mejor dicho, de mis **recuerdos y apuntamientos**, los cuales se me van presentando, como los títeres del Maese Pedro, sin orden alguno, y no como yo deseara. Cuando usted, al salir para el baile o para el teatro, cae en la cuenta de haber dejado olvidado sobre su tocador algún objeto que necesita, como su abanico, su carterita o su pulsera, retrocede inmediatamente, sube la escalera y lo toma. Yo había dejado entre mi tintero algo mejor que esos lindos objetos... a Gregorio Vásquez Ceballos, y me vuelvo a él con permiso de usted.

En ese año murió nuestro insigne pintor, poco después de haber hecho su último cuadro —no de los mejores, por cierto— **La Concepción** que se halla en una nave de la iglesia de La Candelaria. El mismo la colocó en su altar, y el 8 de diciembre de 1710, día de esta festividad, hizo cantar allí una misa, a que asistió, y habiendo recibido los sacramentos, como por viático, se retiró a su casa, frente a la misma iglesia, de donde no volvió a salir, porque el achaque de que padecía, lo postró de tal manera que a poco le quitó la vida.

Ya me parece que la oigo a usted decir, bostezando: tanto se ha hablado y se ha escrito sobre Vásquez que nada se puede decir que no sea una causada repetición, ya innecesaria.

Permítame usted que la interrumpa, y le haga notar ante todo, que soy partidario de las repe-

ticiones, las cuales en ciertas materias nunca están por demás. Lo que se escribe hoy para una generación tal vez no lo lee la siguiente, y muchas cosas, aunque publicadas y repetidas, se olvidan con facilidad. Repetir, repetir, y siempre repetir, **oportune e importune**, según el consejo del Apóstol. ¿Cómo aprendió usted la doctrina cristiana?

¿Su bello turpial y su preciosa mirla, cómo han aprendido tan lindos aires, sino a fuerza de repetírselos usted diariamente con su boca? ¿Qué gracia tiene el Rosario? —le decían al ilustre dominicano Lacordaire— siempre una misma cosa repetida cincuenta veces? Y éste contestaba: “El amor no tiene más que una palabra —¡te amo!— y se complace en reeptirla mil veces.”

¿No me decía usted en cierta ocasión que mientras más oía la **Sonámbula, Marta o Lucía**, más le gustaban, y que la música de Mozart y de Beethoven, que antes no era manjar de su gusto, hoy lo es muy de su devoción, y que se alampa por una de sus bellas sonatas? No hay cosa más útil que un reloj de repetición, sobre todo para los ciegos, porque lo que es a los sordos no les sirve de nada, como tampoco el teléfono. Muchas veces he pensado por qué no se hacen termómetros o barómetros de repetición para los pobres ciegos, así como se hacen abecedarios y mapas en que puedan aprender.

Repitamos, mi buena amiga, todo aquello que queremos que no se olvide. Las sirvientas a quienes no se repite un recado tres o cuatro veces, lo olvidan en el camino. Repitamos: **gutta cavat lapidem**. ¡Perdone usted! Olvidaba que usted no gusta de citas latinas; pero las cuatro o seis fra-

ses que tengo para mi uso particular no las empleo sino para mayor claridad, y eso cuando vienen muy a propósito. Desde que leí, siendo niño, la crítica de don José de Cadalzo, titulada **Los eruditos a la violeta**, he procurado ser muy prudente en esta materia, aunque para mí tengo que el doctor Coronel cayó en sus mismas redes —**et incidit in foveam quam fecit**—. ¡Perdón otra vez! Quiero decir, que aprovechó la ocasión de su crítica para lucir él mismo su clásica erudición. Si es un juicio temerario, su memoria me perdone, pues todos tenemos derecho de ser críticos.

Volvamos a Vásquez, si usted me lo permite; que el mérito de Vásquez, y aun su existencia misma, han sido disputados, más por un espíritu de contradicción, y digámoslo de una vez, de antipatriotismo, que por espíritu de crítica ilustrada e imparcial, porque eso lo sabe usted muy bien; sino solamente quiero agregar algo en confirmación indirecta de lo mismo, y del desdén y poca justicia, por no decir ingratitud, con que suele tratársenos por algunos extranjeros, y no de ahora, que del mismo Barón de Humboldt tenemos motivos de queja.

Citaré un solo hecho, que me vino por conducto seguro. Cierta extranjero, que hace algunos años estuvo en Bogotá, compró a bajo precio dos de los buenos cuadros de aquel pintor que aún quedaban entonces en esta capital, y llevados a Europa, los presentó en cierta exposición de pinturas; pero, ocultando su origen, le dio por autor al uno, al pintor español Zurbarán, por cierta analogía de estilo; y al otro, lo dejó anónimo, contentándose con decir: “De pintor desconocido”, no obstante

que a tiro de ballesta se descubría la misma mano y el mismo pincel que habían ejecutado el primero. Si él se atrevió a presentarlos, y si fueron admitidos en la exposición —entre muchos otros que serían rechazados—, claro es que algún mérito tendrían; y así nos arrebató, no sólo los cuadros mismos, sino la gloria de su autor y de nuestra patria.

Por fortuna un compatriota nuestro, inteligente, o por lo menos buen aficionado, visitando la exposición, conoció al momento el pincel de Vásquez, con el cual estamos tan familiarizados sus devotos, y se apresuró a rectificar del modo que pudo el yerro del expositor, reivindicando, aunque probablemente sin fruto, el honor del arte nacional.

Ya que hablamos de pintura, lo que usted no recordará tal vez es que de la misma época de Vásquez, poco, más o menos, fueron Figueroa —su envidioso maestro— Acero, Ochoa, Caballero, y el italiano Angelino Medoro. Este último admiraba a Vásquez, y aún quiso imitar su estilo, pero sin resultado. Yo poseo un cuadro de este mediano pintor, hecho para un ascendiente de mi amigo el célebre impresor don José Antonio Cualla —tal vez compatriota suyo, pues el apellido **Cuaglia** que, castellanizado se ha vuelto Cualla— es italiano. Ese cuadro se había conservado en la familia pasando de padres a hijos hasta que vino a mis manos por compra que de él hice a don José Antonio. Por la fe digo que es de Medoro, pues en la casa siempre se tuvo por tal. Si no estoy equivocado, mi amigo don Rafael Pombo posee otro cuadro del mismo autor, y ambos se hallan actualmente en la exposición.

Con frecuencia habrá visto usted, mi buena amiga, dos cuadros que están sobre las pilas de mármol blanco, frente a la entrada principal de la Catedral. Son del pintor Acero; pero, la verdad sea dicha, no valen tanto como las pilas, y hacen contraste con el precioso **Nacimiento**, de Vásquez, que está en medio de los dos.

En la sacristía principal de la misma iglesia está la bellísima **Concepción**, de Caballero, y debajo se ha colocado provisionalmente el cuadrito de Van Dyck, que representa el Calvario; cuadrito que, según parecer del pintor mexicano Gutiérrez, podría valer mil pesos, antes de que uno de nuestros grandes ingenios reformadores lo barnizara con aceite de linaza, o de patas, destruyendo así todo el mérito de la pintura. Pero la misericordia de Dios es muy grande, y lo habrá... perdonado, porque no sabía lo que hacía. Esa pintura está hoy también en la exposición.

¿No le parece a usted que todo esto merece repetirse una de cien veces?

Para poner punto final —o por lo menos punto y coma—, a éste ya cansado tema, voy a referir a usted una anécdota sobre Vásquez que oí de boca de don Victorino García, nuestro mejor pintor al temple, y en el género de perspectiva, sin rival, como lo acreditan los varios lienzos que hizo para los monumentos de Semana Santa. El abuelo paterno de don Victorino había conocido a Vásquez, y aún no sé si fue su discípulo, por lo cual tenía muchas noticias tradicionales de éste. La anécdota es como sigue:

Una señora que había venido de España con su marido en busca de fortuna, enviudó a poco

tiempo de su llegada, y no le quedaron de su marido, de quien no tuvo sucesión, sino escasos recursos para mantenerse. Agotados éstos, y muertas o ausentes las personas de alta posición que la socorrían, se vió reducida a la mayor estrechez, y ya había vendido o empeñado las pocas alhajas que poseía. Todo lo que le quedaba de su no muy rico ajuar era un par de cubiertos de plata, y al fin se resolvió a sacrificarlos. Vivía cerca de la casa de nuestro pintor, y un día en que no tenía absolutamente de que echar mano para comer, pasó allí, y llevándole los cubiertos, le suplicó que le diese algo sobre ellos. El pintor, que casi siempre estaba escaso de plata, le dijo que aquel día no podía servirle, a pesar de su buena voluntad, pero que si quería una pintura, con cuyo valor pudiera suplirse, se volviese dentro del tercer día y se la daría.

Mientras Vásquez pone manos a la obra es preciso retroceder un poco. La primera persona que había adivinado el genio de nuestro artista era un comerciante español, que por lo visto, era algo conocedor y hombre de buen gusto. Vásquez, muy joven todavía, se divertía en copiar estampas o grabados en papel común, o hacía sus dibujos originales con carbón de chite. Habiéndole presentado unos al comerciante, le parecieron a éste tan bien que se los compró, agregando que le llevara los demás que hiciera, que él se los tomaría, naturalmente a un precio muy bajo. Igualmente le compró más tarde los primeros ensayos que hizo de pintura al óleo, con lo cual se estimulaba al pintor, al propio tiempo que era un recurso para su subsistencia.

La señora volvió a casa de Vásquez el día fijado y recibió su pintura, no tan satisfecha como si hubiera sido dinero, pero al fin algo era. Enrolló su lienzo, y salió a buscar quién se lo comprase. Quiso la suerte que diese con el aficionado comerciante, quien oyendo la ingenua relación de su pobreza, que le hizo la buena señora, y viendo que la pintura era de mano muy conocida, se la compró, dándole por ella probablemente tres o cuatro veces el valor de los cubiertos, con lo cual se remedió aquélla, a lo menos por algún tiempo.

¿Sabe usted, mi amiga, por qué le he referido esta historia? Porque allá en los tiempos de mis calaveradas escribí yo una especie de versos sobre este mismo tema. Algunos amigos míos los hallaron tolerables, y por esto, y por ser un cuadrito de costumbres, y de oportunidad, género muy del gusto de usted, se los envió, sabiendo que usted no los conoce. Se publicaron en el tomo tercero del **Parnaso colombiano**, que fue tanto como darles la ciudad por cárcel; pero con el salvoconducto dicho espero que sean recibidos con la benévola atención que usted dispensa siempre a mis pobres borrones.

Yo los llamo versos por la misma razón que cierto simple llamaba ventanas rasgadas a las de su casa, porque la muselina en que estaban aforrados los bastidores estaba hecha pedazos. Renglones largos y renglones cortos; por eso tienen el aire de versos.

LAS CUCCHARAS DE PLATA

*Estas, Pepa, ¡hay dolor!, que ves ahora,
Cucharas de metal, pálido y mate,*

*Fueron un tiempo nítida vajilla,
De cifras y labores realizadas;
Orgullo, prez y gloria
De patricia familia, y hoy memoria
Tristísima y amarga
De una serie de infortunios larga
Y trabajosa. ¡Cuántos
Días serenos de festiva historia
Estas cucharas, Pepa, me recuerdan
De aquella edad dichosa
Que podemos llamar edad de plata,
Cuando toda la larga parentela,
Desde los bisabuelos
Hasta los biznietillos pequeñuelos,
Alegre y bulliciosa,
Por algún cumpleaños,
De la ancha mesa secular en torno,
Despachaba la pisca y las gallinas,
Las chuletas, rellenos y pichones,
Las ricas empanadas,
O los pasteles hechos en el horno,
Y el Málaga o Jerez provento en años,
Entre risas, consejos y regaños!*

*Y en los tiempos de tregua,
¡Qué era ver las fuentes y platones
Del rico aparador en los tablones
Ostentando sus discos rebruñidos,
Presidir en los puestos distinguidos
A la argentina prole
Los platos y platillos,
Tachuelas y pocillos.
Macizos tenedores,
Y aquel que gente tánta
Con secreto placer mira y remira,
El jarro colosal de ancha garganta!*

*Después las hembras... digo, las bandejas,
Que, cual bellas sultanas,
De cierto escaparate entre las rejas,
Largo tiempo reclusas,*

*Murmuraron sus quejas,
Salían a lucir en el corrillo,
Como las nuevas Musas,
Su talle esbelto, su frescura y brillo!*

*Frías beldades las llamara alguno;
Mas cuando rebosaban
En succulento pebre,
O calientes buñuelos les brindaban
Por los tiempos de Pascuas y Pesebre,
No pudiera acusárseles de tales.*

*¡Qué era ver, te digo, ese Dorado,
Que bien llamar pudiera
Algún poeta en la acepción más lata
El Dorado de plata,
Por la gorda sopera coronado
—El sol de aquel sistema—
Teniendo por cortejo
A uno y otro lado
Piezas varias en formas y tamaños
De trabajo exquisito,
Y al que víctima fue de desengaños,
El enano brasero,
Que dio tánta candela,
Del fogón al estrado
Y de éste a la cocina,
Sin cesar un instante, en la bolina!
El pobre en breve tiempo,
Al verse desbancado
Por el fósforo vil... murió de pena!*

*La ingratitud, ¡oh Pepa, es fiera horrible,
Pasión de un alma noble muy ajena,
Pecado aborrecible!
No seas, no, te lo aconsejo, ingrata
Ni aun con tu blanca y juguetona gata.*

*Esos tiempos pasaron, Pepa mía,
Tiempos de bienandanza,
De dicha, paz y holgura,*

No de ambición de robo, de matanza,
De miseria, de afanes, de agonía...!
Y con ellos volaron presurosos
Esos días sabrosos que te digo.
Ora a aquella juventud risueña y pura
La éra sucedió de la indigencia,
Del tedio y amargura
Del vicio, la mentira, la infidencia.

¡Ay!, ya de aquella patriarcal fortuna
Estos míseros restos sólo quedan
Cinco huérfanas pobres, desmedradas,
de los besos que dieron ya gastadas,
Y un sólo tenedor, o bien tridente,
Que el cuarto es ya raigón más bien que diente.

De otras huérfanas hoy enhambrecidas,
Que de tanta grandeza nada vieron,
Ni aún humedecieron
Sus labios en el agua almacigada
De la casa paterna
En lujosos rincones conservada;
De esas bellas flores, hoy ya mustias,
Estas prendas, menguado patrimonio,
A precio vil vendidas,
Aliviarán el llanto y las angustias...
Así el siervo, el amigo, el misionero
A la dura cadena se sujetan,
Rinden tal vez sus vidas,
Por rescatar la suya al prisionero.

Mas la hambrienta familia ya me aguarda;
¡Adiós! ¡Adiós! ¡Recelo
Que si el socorro tarda,
Mas que el hambre la mate el desconsuelo...!

Esos eran verdaderamente otros tiempos, se-
ñora mía.

El bienestar y la abundancia relativas asimila-
ban en cierto modo a las diversas clases de la so-

ciudad. El pobre como el rico, tenían la comodidad y holgura que necesitaban para ser felices. Se hablaba entonces de onzas de oro, como se habla hoy de níkels, centavos o billetes. El pobre, como el rico, tenían bueno y abundante pan, que hoy no tenemos ni por asomo. El pobre, como el rico, comían y bebían en plata fina, que, además de ser gran lujo por su valor intrínseco, era más económica que la loza moderna, que cuesta caro y pronto se destruye. Hoy sólo la gente de gran caudal tiene vajilla de plata, o de algo que parece plata, y sólo la usa en las ocasiones solemnes. El más infeliz poseía antaño por lo menos un braserillo, un jarro y un pocillo del preciado metal.

Por eso me alegra, y al mismo tiempo me entristece, el **coquito** con plata y orejas de plata en que la señora madre de usted suele tomar todavía su chocolate; y por eso me alegra, y también me entristece, un ancho pocillo de loza de Talavera, o de la China, que yace archivado en una alacena de mi casa, como trasto inútil, al cual pasó la moda, y que es para mí un recuerdo agridulce de mi feliz infancia. ¡Cuántas veces vi a mi madre tomando en él con su cuchara de plata el espumoso y aromático neivano! ¡Y cuántas mojó en él la sopa de pan que había de ofrecerme cariñosa!

Pero siquiera el pocillo existe todavía con sus pájaros verdes y sus figuras, kioskos y puentes chinescos, mientras que su merced hace ya muchos años que no lo lleva a sus labios.